

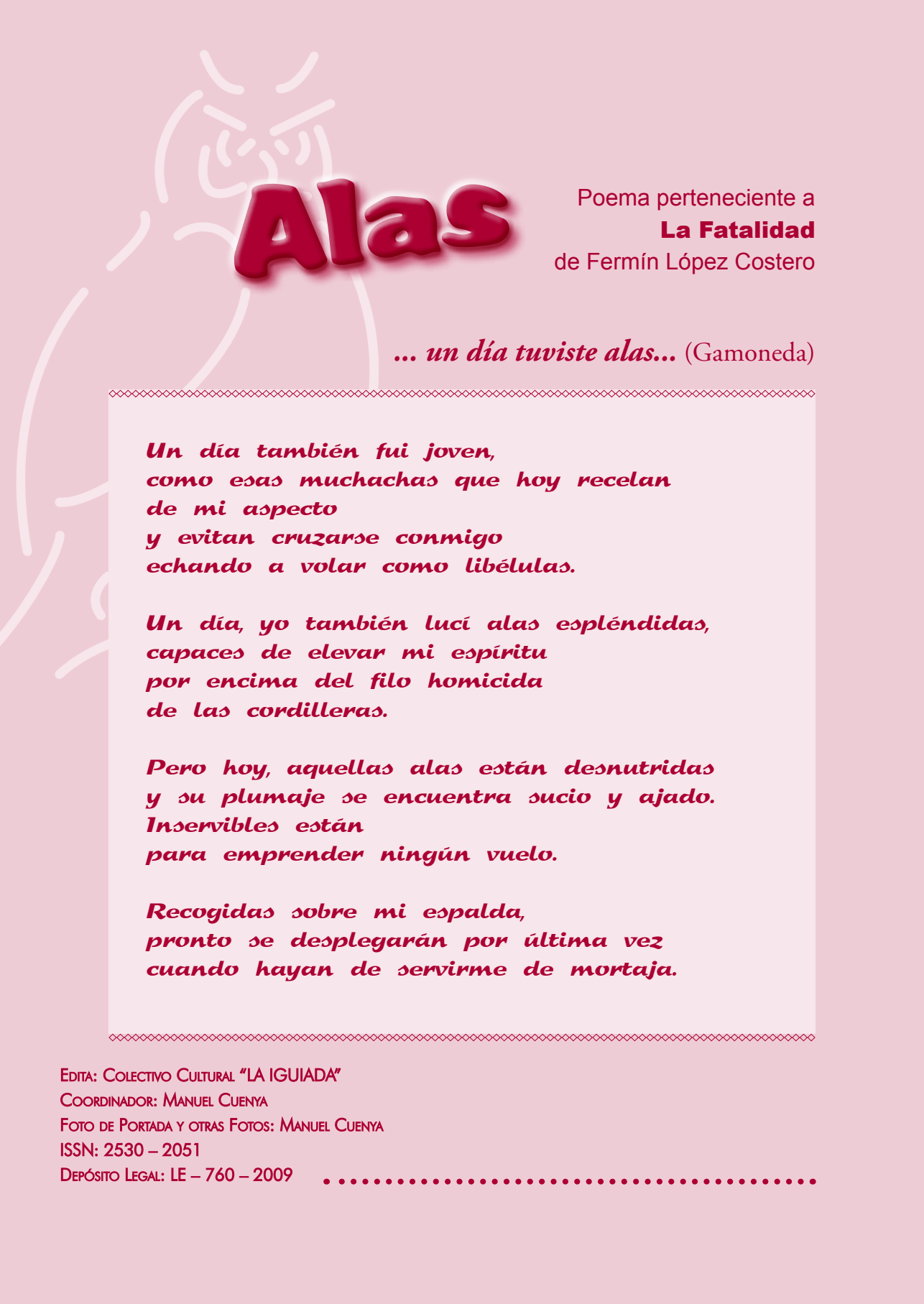
Julio 2018

La Curuja

Revista Cultural Independiente - Nº 19 - Segunda época



Fermín López Costero



Alas

Poema perteneciente a
La Fatalidad
de Fermín López Costero

... un día tuviste alas... (Gamonedá)

*Un día también fui joven,
como esas muchachas que hoy recelan
de mi aspecto
y evitan cruzarse conmigo
echando a volar como libélulas.*

*Un día, yo también lucí alas espléndidas,
capaces de elevar mi espíritu
por encima del filo homicida
de las cordilleras.*

*Pero hoy, aquellas alas están desnutridas
y su plumaje se encuentra sucio y ajado.
Inservibles están
para emprender ningún vuelo.*

*Recogidas sobre mi espalda,
pronto se desplegarán por última vez
cuando hayan de servirme de mortaja.*

EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"

COORDINADOR: MANUEL CUENYA

FOTO DE PORTADA Y OTRAS FOTOS: MANUEL CUENYA

ISSN: 2530 – 2051

DEPÓSITO LEGAL: LE – 760 – 2009

.....

Índice

Fermín López Costero

Alas. 2

Pablo Arias

Urdiales 4

Hortensia de Paz Fernández (Sina)

La carrera en el recuerdo. 8

Manuel Cuenya

Emilio “Relojero” 12

Vanessa Silván

Los ecos del Ídolo de Noceda 15

Eduardo Keudell

Emoción de censura 21

Manuel Cuenya

A mi entrañable amigo Fermín López Costero 23

Juan Carlos Mestre

Fermín se va con las sirenas 31

Pilar Blanco

Alfa (Poema dedicado a Fermín López Costero). 32

Carmen Busmayor

Piedra de los poetas. 33

Urdiales

Pablo Arias

Hay una línea en el suelo al Pico de Río que me ha fascinado toda mi vida. Antes estaba a la puerta de casa de Dora y Faustino, ahora creo que un poco más arriba. Es la frontera mítica entre el mundo real y el de los sueños, el límite que separa la Naturaleza de la Civilización: es la línea donde la carretera se convierte en camino. No hay una vez que la cruce y no me sienta profundamente feliz.

Una vez cruzada esa línea en dirección al monte comienza una aventura, un mundo salvaje donde aún rigen las leyes de la vida. De entre todos los misterios, que guardaba la montaña, uno de ellos brilló siempre en mi infancia sobre todos los demás en la sonoridad de cada una de sus sílabas: Urdiales.

La historia de un pueblo remoto, escondido entre montañas, imposible de atisbar desde abajo del valle, abandonado hace muchos años por sus pobladores pero apenas a media jornada de camino desde Noceda ejercía sobre los críos de mi edad una atracción irresistible.

Era julio 1991 y al final del verano

yo cumpliría 13 años. Estaba con Francisco y Jaime (hijos de Edelmiro “Navarro”) y en la plaza vimos un cartel que anunciaba “Romería en Urdiales” para el domingo siguiente. Fue como si el cartel llevara una lista de invitados y nuestros nombres fueran los tres primeros. Tardamos poco en decidírnos. Todo nuestro equipaje consistía en una navaja, media hogaza de pan del horno de Bernardo cada uno y chorizo y lomo en abundancia. Sin adultos, mapas ni *gepeeses*. Simplemente mirando las cimas de la Sierra de Gistredo con una determinación que sólo la inocencia te puede brindar.

Recuerdo haberle contado el plan a mi padre. Asintió y casi de pasada, sin darle mucha importancia me dijo: “*tener cuidao al pico la Silva que si tiráis pa la derecha marcháis pa Colinas*”. Esas fueron todas las indicaciones que llevamos cuando echamos a andar desde el barrio de Vega a las siete de la mañana.

Por la pista hasta La Gualta fue todo bien, pero una vez allí nos parecía que el camino daba muchos rodeos

y que nosotros lo podíamos mejorar atajando en el primer sendero que encontrásemos: después de media hora por encima de las urces y con brazos y piernas llenas de arañazos salíamos trescientos metros más arriba en la misma pista. Esa fue la tónica de la mañana. Al llegar al alto el Xafra tuvimos ante nuestros ojos por primera vez lo que la Sierra de Gistredo nos había ocultado durante toda nuestras cortas vidas. Dejábamos a uno y otro lado los pinos, la campa del alto quedaba atrás y aparecía ante nuestros ojos una nueva cordillera pelada de vegetación en sus cumbres, coronada por (aún no lo conocíamos) el Catoute. Era como conseguir pasar por fin la pantalla imposible de un videojuego con los cinco duros de la paga del domingo.

Sabiendo que teníamos que empezar a bajar no había demasiadas opciones, así que nos lanzamos valle abajo golpeados por un sol inclemente y ya casi sin agua. De frente, muy a lo lejos, veíamos lo que parecía un camino por el que pasaba algún coche. Ese era casi el único indicio de que íbamos bien. Una vez acabada la pendiente dura nos quedaba la senda donde las urces eran más altas que nosotros por varios palmos. Tratamos de seguir un sendero que perdíamos una y otra vez. El polen

de las escobas se nos pegaba al sudor y las moscas de alta montaña (esas que parece que entre tres podrían dejarte sin sangre) no nos daban tregua.

En un claro entre la maleza Francisco levantó la cabeza y con un grito que salió de lo más profundo de su alma dijo:

“*¡¡¡Urdiaaaaaa aaaaaa - leeeeeeeeeeeeees!!!*”. Allí estaban aquellas casas en mitad del monte. Sin palos del teléfono, sin asfalto, sin cartel de obras de la Diputación. Ese territorio mítico a punto de ser conquistado.

Nos dejó de doler todo aunque las urces eran cada vez más altas. Años de desuso de la senda devolvieron al monte lo que siempre fue suyo. Poco antes de entrar en el pueblo, antes de cruzar el río, hay una fuente de la que mana un agua fresquísima. Allí saciamos nuestra sed de la inexperiencia, y cruzando un puente de madera, hecho una ruina, entramos en Urdiales.

A pesar de lo remoto, aquello estaba lleno de gente. No en vano era el día de la fiesta y los urdialeses la seguían celebrando. Luego supimos que los últimos pobladores se habían ido en 1971, así que sólo hacía 20 años que el pueblo estaba abandonado. Nos asombraba entonces que la gente recordara cuáles eran sus casas y las de sus ve-

cinos. Recorrimos aquellas calles que más parecían senderos del monte, nos metimos por todas las casas que pudimos, que aún guardaban los muebles. Incluso nos apropiamos de una que nombramos “cuartel general”. Allí dimos buena cuenta del pan y el chorizo.

Paseando entre la gente nos encontramos con Pepe *Mateguines* acompañado de Licinia y cómo no, de la chifla y el tambor. Había ido a amenizar la jornada con ese arte que aún no le ha

abandonado. Como espías en territorio enemigo, como Howard Carter en el Valle de los Reyes, pasamos la tarde explorando cada rincón, subiendo al campanario, entrando en las cuadras anonadados por aquel lugar congelado en el tiempo.

Cuando llegó la hora de volver arrancamos a buen paso sabiendo ya lo que nos esperaba para la vuelta. El sol suave de la tarde nos secaba el sudor y la roña al lograr coronar de nuevo



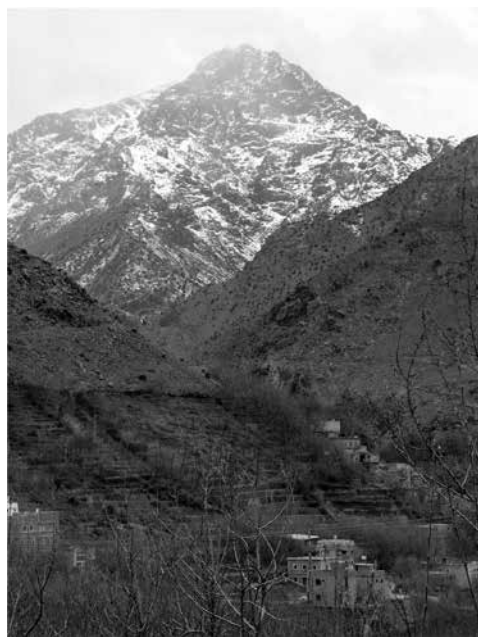
Panorámica de Urdiales. Foto: Pablo Arias

el alto Jafra tras la terrible pendiente de la cara norte. Bajamos casi volando llenos de orgullo por nuestra hazaña. Volvíamos a tocar asfalto en el barrio de San Pedro cuando el sol a punto estaba de esconderse detrás de Robledo y el olor de la hierba seca se mezcla con el fresco de la *tardecina*.

Repetí en aquellos años muchas más veces la excursión. Aquel mismo verano volvimos los tres con otros amigos: Alberto “*Langosta*”, Jorge “*Luquinas*”, Jose Luis, Juanjo, Xelu, mi primo Jorge. En ese segundo viaje el cortafuegos nos pareció el mejor atajo y sufrimos como perros sin una maldita sombra. También nos quedamos sin agua, entre muchas otras torpezas de novatos autodidactas en la montaña. Llegamos a acampar alguna vez o incluso ir en bici desde Noceda por Igüenia. La aventura todo lo compensaba y el cuerpo todo lo resistía. Urdiales ejercía sobre nosotros una atracción inexplicable.

Me costó entender que los caminos del monte tienen un trazado marcado por millones de pasos anteriores a los míos, y que seguir esos caminos sirve para ahorrar tiempo y esfuerzo. Me costó entender que los urdialeses no eran seres de fábula, sino que la vida humana se había abierto camino en esta Tierra apenas con lo más básico durante

miles de años. Cuestiones difíciles de comprender para quien nació con la calle asfaltada (de aquella manera) y electricidad y agua corriente en casa.



Atlas de Marruecos-Toubkal

Muchos años después subí otras montañas más altas. Alcancé los 4.000 metros en el Atlas en Marruecos y los 5.000 metros en el Salkantay en Perú. Pero nunca me convertí en un gran aficionado a la montaña. Quizá tuviera que ver la expectativa de que ni siquiera coronando el Everest sentiría de nuevo una emoción parecida a esa de salir de entre las urces todo arañado y muerto de sed y oír gritar a Francisco:
;;;Urdiaaaaaaaaaaaaaaaaaaleeeeeeeeeeeeees!!!



La carrera en el recuerdo

Hortensia de Paz Fernández (Sina)

Uno de los recuerdos más honrados de la Semana Santa en Noceda es el canto del *Misere* en la Casa Rectoral. No se trataba de ningún coro. Era un grupo de mujeres que se reunían con el fin de ensayar el Salmo 50 para la procesión de la mañana del Viernes Santo, que todos conocíamos como *La Carrera*. No se usaba la palabra procesión, íbamos a La Carrera... No habían llegado los tiempos del Concilio Vaticano II; pero, en Noceda, las mujeres tenían su lugar en la iglesia y sabían cantar en latín a su manera, al igual que aquel grupo de hombres, indispensables en las celebraciones litúrgicas, siempre dispuestos a coger la cruz, los faroles, encender los cirios, apagarlos o montar los lienzos y escenario del Monumento que se colocaba para Jueves Santo.

*Miserere mei, Deus,
secundum magnam misericordiam tuam
et secundum multitudinem miserationum
tuarum dele iniquitatem meam.*

Ese estribillo lo cantábamos de memoria, seguramente con más de una palabra al revés, pero con mucho sentimiento pues cada año nos explicaban lo que quería decir y por qué el rey David estaba tan dolorido y deseaba perdón.

*Ten piedad de mí, oh Dios,
según tu gran amor,
Por tu inmensa ternura,
borra mi delito.*

Y lo cantábamos siguiendo a La Dolorosa, que salía de la capilla del Santo Cristo un poco después del Nazareno. El resto de las estrofas era cosa del grupo de mujeres que llevaban un misal con la letra e iban desgranándolas Peralona arriba. Mis recuerdos son muy lejanos, pues yo era muy niña. Ahora pienso que seguramente alternaban hombres y mujeres en el canto de las estrofas del salmo.

El Nazareno desaparecía pronto y nosotras íbamos deprisa, cantando,



Ermita de Santo Cristo

rezando y mascando el misterio... Así, hasta la plaza de San Pedro, con la ermita de san Antonio y, por fin, Las Fontaninas...

¡Allí estaba el Nazareno, cargado por los hombres y rodeado por todos ellos! Era aquel un encuentro impresionante, en el que la bella imagen del Nazareno parecía hablar a su Madre.

.... *Y una espada de filos agudos
del Hijo a la madre hirió el corazón,*
terminaban de cantar las mujeres, siguiendo las notas del Vía Crucis popular en la cuarta estación.

*-Dulce Redentor, yo esa herida causé
a vuestra Madre.*

Ya lloro mis culpas y os pido perdón
-contestaban los hombres con desgarrado vozarrón.

Y todos juntos a porfía:

*-Madre afligida, de pena hondo mar,
logradme la gracia de nunca pecar.*

Esto cantaban algunos; pero se oía siempre una segunda letra paralela: Lo del *mar* no parecía suficiente. Y la mayor parte de la gente cantaba *más*. Ya podía el sacerdote explicar cada Cuaresma que “era una pena tan grande

que no se podía medir, tan profunda como el hondo mar” recalcando y repitiendo la palabra frase: **mar, de pena hondo mar...** La mayor parte de la gente seguía haciendo silbar las eses: *de pena hondo másss...* Y lo de “logradme” no formaba parte del habla de Noceda. Así que se podía oír muy bien aquello tan *nueso* de *lograime o lograinos...* Descubrí y entendí estas variantes un poco más tarde, con diez o doce años, y recuerdo con qué fervor lo cantaban algunas queridas gentes ya fallecidas.



Ermita San Antonio

Ciertamente, aquella escenificación sin parafernalia del encuentro de La Dolorosa y El Nazareno producía una catarsis entre los participantes.

Años más tarde, comprendí por qué aquella procesión se llamaba *La Carre-ra*. Se iba muy rápido, casi a la carrera. El Nazareno tenía que dar la vuelta por Encima la Villa para llegar a Las Fontaninas antes que la Dolorosa. Alguien me dijo que iban tan aprisa que, a veces, les daba tiempo a los mozos que lo llevaban a turnarse para entrar a “matar un judío” en el bar de Poldo. Nun-

ca he podido confirmar este extremo.

(Era una práctica habitual, incluso en generaciones más jóvenes, entrar a tomar un vaso o limonada en el bar de Poldo formaba parte del ceremonial. El editor de esta revista da fe de ello).

Y las mujeres y niños también íbamos a buen paso, siguiendo a María, cuya angustia por encontrar a su Hijo era inmensa como la mar. Todos la acompañábamos en su carrera.

Desde Las Fontaninas a la iglesia, la cuesta y la emoción, desbordada tras

el Encuentro, ponían freno a la carrera. Ya en la iglesia, seguía un sermón o consideración que debía llegar a las gentes allí reunidas, pues recuerdo rostros compungidos, tremendamente expresivos. Guardo la imagen de viernes Santos soleados. Seguramente los habría grises, con barrizal en las calles. Pero esos no están en mi memoria, aunque sí hay un ruido de fondo como de madreñas...

Creo que hubo un antes y un después en aquella procesión cuando Doña Felisa y Doña Florentina bordaron una primorosa túnica para el Nazareno y ella y alguna mujer más empezaron a ir con mantilla y peineta; pero seguíamos yendo a la carrera. Poco a poco, se fue abandonando el canto del *Miserere*. Creo que se cantaba todo *el Vía Crucis* popular y otros cantos de Semana Santa en castellano.

Recuerdo que don Miguel Hernández, en época ya muy posterior, pedía que fuéramos en orden y sin correr. “No hay prisa”, decía. Pero, para nosotros, dejar de correr era perder la esencia de *La Carrera*.

La capilla del Santo Cristo se perdió. Hace unos meses quise comprobar lo que quedaba de aquella ermita, que yo había ayudado a limpiar en

ocasiones, cuando Francisca y Elvira, las mayordomas del barrio de Vega que lo cuidaban, se habían hecho mayores y necesitaban ayuda. También recuerdo el celo que la Señora. Josefa ponía en cuidar las flores del jardín. Casi había rosas todo el año. No encontré nada de aquello y el espacio que ocupaba la capilla me pareció que había sido tragado; quedaba una pequeña parcela cubierta de maleza. Ni siquiera quedaba la cruz de madera.

Desconozco si se hace una procesión del Encuentro el Viernes Santo con la Dolorosa y el Nazareno que, por cierto, oculta una hermosa talla bajo el sayón. Pero yo pienso en aquella procesión cada Viernes Santo y aún escucho la voz de mi madre y de las vecinas dándonos prisa para ir a *La Carrera*.

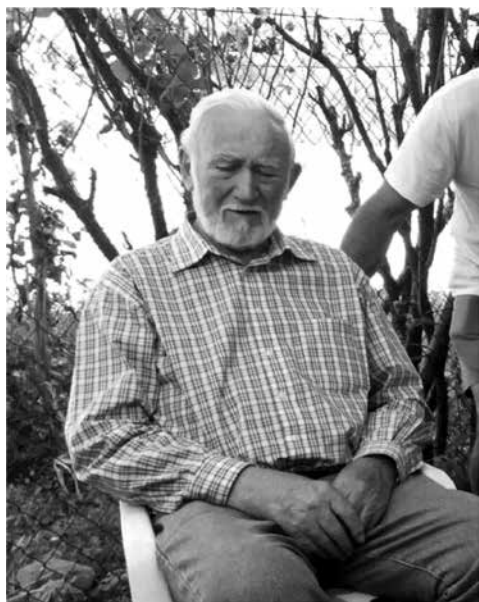
Nota final: No hace mucho, estuve en la Iglesia de Noceda. Desde los bancos de atrás, vi una nueva imagen encima del altar del Sagrado Corazón. Me acerqué y allí estaba el Nazareno, sin su corona de espinas, sin su túnica, sin su pesada cruz. Me sorprendieron sus reducidas dimensiones ¡Qué minúsculo parecía! Lo comenté gozosa con quienes estaban cerca: “¡Mirad, es la talla del Nazareno del Santo Cristo!”.

Ahí está. ¡Cuidadla!



Emilio “Relojero”

Manuel Cuenya



Emilio “Relojero”. Foto: José M. Bello

Este, como el 2016, ha sido un año (aún no ha acabado, veremos qué da de sí en los próximos meses) duro en cuanto a muertes cercanas, de gente amiga, de hombres de letras como Fermín López Costero (a quien le dedico un artículo en este número de la revista) o bien el periodista y escritor Gonzalo López Alba, a

quien esperaba volver a ver este año. Y con quien compartiera mesa literaria a finales del pasado año en el Museo de la Radio de Ponferrada junto a su sobrino, el también escritor Ruy Vega, a quien vemos haciendo magníficos programas de literatura y cine, junto a la estupenda María de Miguel, en la televisión de Ponferrada. Y a quien me gustaría ver, como invitado, en el próximo Encuentro Literario que esperamos hacer en Noceda. Dicho queda, amigo Ruy.

Entre tanta muerte en nuestro pueblo, quiero hacer una mención especial al fallecimiento, aún reciente, de Toño Vega, el padre de Antonio y Javi (los responsables del diario digital ileon.com) y de Carlos. Así como de la muerte de Emilio, el hijo de María, conocida en Noceda con el sobrenombre de La Cica (huelga decir que utilizo este apodo con absoluto respeto, como un modo rápido y eficaz de identificar a esta mujer, que muriera centenaria,

y en cuya casa del barrio de Vega uno pasara muy buenos ratos, siendo un rapacín, en compañía de mi amigo José Manuel Bello, su nieto).



María La Cica. Foto: José Manuel Bello

Emilio, alias Relojero (llamado así de un modo cariñoso, por supuesto) era amigo, buen amigo de mi padre, aunque Emilio fuera unos diez años menor. Recuerdo que mi padre (que nos dejó el 21 de abril de 2016, por eso ese año se me antoja fatídico) me contaba muchas andanzas de Emilio Relojero, incluso en relación con su madre, María. Creo que Emilio sentía gran cariño por mi padre, acaso como si de su padre se tratara.

El asunto es que la vida, en aquella época de los 50 del pasado siglo, no era fácil. Y menos aún en el Bierzo Alto, dejado de la mano del Señor, o mejor dicho del gobierno imperante. Si es que España no logra levantar cabeza. Antaño por una guerra incivil y una posguerra atroz. Y hogaño por una crisis económica, política, cultural... tal vez espiritual, que nos sumerge en las tinieblas. No obstante, los años 50 debieron de ser durísimos. Y tanto Emilio como mi padre (amén de la mayor parte de personas que vivieran en Noceda) tuvieron que pelear con uñas y dientes para sobreponerse a las adversidades y estrecheces económicas.

Mi padre llegó incluso a emigrar al Brasil en los 50. Y Emilio Relojero lo hizo a principios de los 60, en concreto a Alemania, país al que también fueran a parar, entre otros, su hermana Adela (en la actualidad en Hannover, creo recordar), y los padres de mi amigo José Manuel y Elsa Bello (cabe señalar que su madre, Isabel, también es hermana de Emilio Relojero) se fueron a Múnich. Por su parte, Emilio Relojero emigró a la ciudad de Essen. A trabajar a las minas. Pues Emilio contaba, siendo ya un chavalín, con la experiencia de haber trabajado en las minas del Alto Bierzo.

Allí, en la ciudad alemana de Essen, en la industrializada y minera cuenca del Ruhr, se pasó bastantes años, hasta que se jubilara, aunque él nunca llegaría a desprenderse del todo de la tierra que lo acogiera como emigrante. Tanto es así que, ya jubilado, permanecía temporadas en Alemania, que alternaba con otras en Noceda (normalmente algunos días de verano), así como en Gijón y en Beceña, pueblo astur ubicado en el concejo de Cangas de Onís, del que es originaria su viuda, Mercedes del Valle. Una mujer a la que tenemos afecto, pues tiene buen trato con mi madre, en general con mi familia.

Essen como destino de otros emigrantes de Noceda, véase al tristemente

fallecido Tomás Arias, quien fuera mi vecino de la calle La Parada y el padre de Pablo Arias (miembro del Colectivo Cultural La Iguiada y autor del artículo sobre Urdiales en este número) así como de Lorenzo y David, los hijos de Luis el cartero, el mítico y entrañable cartero de nuestro pueblo.

Y es que Noceda, aun siendo un pueblo con no demasiada gente (en otros tiempos, en cambio, sí llegó a tener bastante población) dio muchos emigrantes tanto a Europa como a América. Tema realmente fascinante que daría para varios artículos.

Me dio pena la muerte de Emilio porque, aunque yo no tuviera mucho trato con él, sé que lo tuvo con mi padre. Y eso para mí es sagrado. Además, Emilio era el tío de mi amigo José Manuel Bello, con quien tantas aventuras viviera en mi época infantil y juvenil en Noceda del Bierzo. Y aun llegara a echarme un cable, alojamiento incluido, en mi primera etapa en Salamanca como estudiante de su universidad. Incluso llegamos a viajar juntos a Portugal, a Lisboa y a Sintra. Siempre recordaré con cariño ese viaje. Y por supuesto a Emilio, que era un hombretón con aires de galán de cine.



Pozo minero en Essen



Los ecos del Ídolo de Noceda

Vanessa Silván

Periodista

(Este artículo fue publicado inicialmente en *El Día de León*)



Foto tomada de su perfil de facebook

Se cumplen 47 años desde que el Ídolo de Noceda abandonó el Bierzo para ser trasladado al Museo Arqueológico Nacional en Madrid, para ser expuesto, dado su gran valor, en la sala dedicada a la Edad de Bronce. En la comarca se dejó una réplica en el Museo del Bierzo de Ponferrada y otra réplica en el Museo de Noceda, con la que hace dos veranos se reencontró después de décadas Carmen Nogaledo, la niña que sacó a la luz este hallazgo.

Eran los años 60 y en este pequeño pueblo, a la sombra del Gistredo,

tenían una maestra amante de la cultura castreña y del patrimonio, Felisa Rodríguez. «Teníamos como profesora a doña Felisa, que era muy aficionada a investigar los castros y el patrimonio. En una de las clases yo recordé que había visto una piedra rara en la casa donde guardábamos las ovejas y decidí llevarla a la escuela», recuerda.

La piedra estaba debajo de las escaleras de la bodega de su abuela materna, donde guardaban el alimento y el ganado, y nadie le había hecho especial caso. Carmen, que entonces tenía unos 12 años, no sabía decir cuánto tiempo llevaba allí ni si tenía alguna utilidad, aunque algunas personas sí señalan que esa piedra labrada se guardaba en esa casa desde hacía varias generaciones, que había sido encontrada en tierras de labranza hace muchos años y que se desconocía la procedencia, incluso, que había sido utilizada como pesa de telar.

«Yo no sabría decir, no tengo ni idea de por qué estaba en ese lugar y creo que si en ese momento no se la hubiéramos entregado a doña Felisa puede que todavía seguiría perdida por allí», apostilla Carmen, que lo que tenía claro entonces es que «no era una piedra normal y corriente». «Era una piedra que pesaría más de dos kilos, era grande y era evidente que la piedra estaba labrada y trabajada. En aquel momento no teníamos ni idea ni del valor ni de la antigüedad que podía tener, pero estaba claro que no era una piedra sin más», añade.

Carmen lleva viviendo fuera de Noceda desde 1970 y trabaja desde hace 36 años como taxista en Valencia. No

estaba ya en el pueblo cuando la valiosa pieza que ayudó a descubrir fue reconocida con un premio de la *Misión Rescate* que por aquella época se emitía a través de Radio Nacional España, ni tampoco cuando poco tiempo después fue cedida al Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Eso sí, está orgullosa de haber podido contribuir, aunque casi de forma involuntaria, a un hallazgo que de algún modo pone a su pueblo en el mapa.

La maestra

«Tenía una gran curiosidad y fue ella quien se encargó de poner en valor ese descubrimiento», cuenta Carmen Nogaledo de su maestra.



La maestra y poeta Felisa Rodríguez con sus alumnas. Foto de archivo.

Felisa Rodríguez y su forma de enseñar ha dejado una profunda huella en Noceda del Bierzo. Maestra nacional y escritora, había enseñado en diferentes pueblos del Bierzo, hasta que tuvo como último destino su pueblo, en el que había nacido en 1912.

Su pasión por la arqueología y el patrimonio le llevó a fundar uno de los grupos de *Misión Rescate* con el que recibió varios galardones a nivel nacional en las ediciones de 1971 y 1973, concienciando a sus alumnos de la importancia de «respetar y querer su propia historia y rescatar su patrimonio cultural, etnográfico y arqueológico». Precisamente fue el descubrimiento del Ídolo de Noceda con el que obtuvo el Trofeo de Oro de *Misión Rescate* en 1971 por ser «el objetivo de mayor valor arqueológico», mientras también destacó el hallazgo con sus alumnos de unos mosaicos de cierto valor.

A través del trofeo en *Misión Rescate*, en abril de 1971 la prensa nacional se hacía eco del hallazgo de este ídolo megalítico, una pieza identificada por el ‘grupo de rescate’ 359, creado por Felisa Rodríguez en la escuela de niñas de Noceda. El premio se traducía, además de en ese trofeo y unos diplomas, en 75.000 pesetas del Ministerio de Educación y Ciencia y otras 25.000

pesetas de la Dirección General de Bellas Artes.

Pero doña Felisa, como la llamaban, también escribía poemas y romances y colaboraba en radio y prensa, como el periódico *Aquiana* de Ponferrada o el *Gemma* de Vizcaya. Además, otro de los motivos por los que es tan reconocida esta maestra en Noceda del Bierzo es porque, junto a su hermana Flora, donaron su mejor casa al pueblo para construir una residencia de ancianos, que precisamente lleva sus nombres y que abrió sus puertas en 2002.

Megalítico

La ficha del catálogo del Museo Arqueológico Nacional describe esta pieza como «ídolo realizado sobre un disco grueso de granito de superficie redonda algo ovoide y aplanado por sus dos caras». En su estudio se reconoce que la cronología e interpretación de este tipo de piezas es problemática, aunque establece que su origen estaría entre el 2.500 y el 1.500 a. C. «Su encuadre temporal puede extenderse del mundo megalítico a las primeras fases de la Edad del Bronce», añade la información en catálogo.

El arqueólogo Martín Almagro realizaba un primer acercamiento al Ídolo de Noceda en 1971 y escribía sus pri-

meras conclusiones en el artículo *Un nuevo y curioso ídolo hallado en Noceda*, en el que contaba cómo llegó a su conocimiento «el descubrimiento de esta piedra que quedó algún tiempo pendiente de valoración, pues el objeto descubierto era hartó extraño». Almagro apreciaba la decoración que se extiende por toda la pieza, uniéndose los elementos de una cara con los de la otra.

«Esta está lograda con un profundo y perfecto grabado de las líneas, realizado por percusión seguramente», valoraba este «prehistoriador», que dirigió el Museo Arqueológico Nacional entre 1968 y 1981. «No dejamos de reconocer que el simbolismo de este objeto que consideramos un ídolo es difícil de comprender y más de explicarlo razonadamente», reconocía entonces Almagro.

El ídolo presenta una doble perforación que pasa de lado a lado en el centro del tercio superior y estos agujeros podrían representar, precisamente, la cara o el ojo del ídolo. Así, en una de las caras, una línea curva semicircular envuelve el agujero por su parte superior y trazos algo más débiles y curvos por la parte inferior que parecen enmarcar la supuesta cara de esta representación antropomorfa esquemática.

De la parte superior de esa semicircunferencia salen tres líneas paralelas que cruzan por el grueso borde hasta enlazar con el mismo motivo que aparece en el reverso. Debajo del agujero continúan unos trazos curvos que representarían los hombros, mientras que los brazos quedarían indicados por otras líneas paralelas que enlazan con el trazado de la figura grabada en el reverso. Además, una línea vertical cruza toda la figura desde la perforación hasta abajo, con dos líneas paralelas horizontales en su tercio inferior que enmarcan el cuerpo.

A esta representación se le podría



Ídolo de Noceda

*El ídolo de Noceda en
Museo Arqueológico Nacional*

dar el valor de una figuración fálica al interpretar la figura del reverso como un símbolo femenino. Así, en el reverso se ve el mismo agujero cónico enmarcado por una semicircunferencia que se prolonga por debajo de la supuesta cara u ojo del ídolo.

Dos líneas oblicuas la unen a la perforación indicando la cabeza con el tocado cayendo por ambos lados de la cara. La cabeza está rematada con las tres mismas líneas paralelas que cruzan a la parte contraria de la piedra. Estos grabados son interpretados como la representación de una figura antropomorfa femenina, los círculos superiores representarían los pechos y los inferiores las caderas.

Fuera de la comarca

El Ídolo de Noceda es una de las piezas del patrimonio berciano que están fuera de los límites de la comarca y desde 1971 forma parte de los fondos del Museo Arqueológico Nacional, donde está expuesta. No es el único. El cáliz y la patena de Santiago de Peñalba viajaron más lejos, hasta París, para ser incorporados al catálogo del Museo del Louvre.

Según distintas fuentes, ambos objetos fueron trasladados desde este pequeño pueblo a Astorga y, en el siglo

XIX, el Obispado los regaló al arzobispo de Valladolid, el cardenal Moreno. A su muerte, fueron sus herederos quienes vendieron estas piezas a un anticuario y este, a su vez, las revendió en subasta pública a ese museo francés en 1886. El cáliz y la patena pudieron retornar durante una año a la comarca en 1999, gracias a la cesión que realizó el Louvre para su exposición en el Museo del Bierzo.

Otro destino, más cercano, es el Museo de León, donde se exhibe la Cruz de Peñalba y el Edicto de Augusto. A pesar de su proximidad, con estos dos objetos la comarca ha sido más reivindicativa para reclamar su regreso y hace aproximadamente dos años Coalición por el Bierzo (CB) volvía a reabrir el debate con la presentación de sendas mociones en ayuntamientos y en la Diputación de León.



Cruz de Peñalba

En cuanto a la Cruz de Peñalba, fue donada en 1879 por el obispo de Astorga al Museo de León, entre cuyos fondos se encuentra desde entonces y mientras una réplica ocupa su lugar en el Museo del Bierzo. Es uno de los símbolos de la comarca y, por ello, su vuelta es una de las peticiones que históricamente han realizado los partidos bercianistas.

En una situación similar se encuentra el Edicto de Augusto, una placa de bronce hallada en 1999 y que recoge texto redactado por orden del emperador Augusto César en el año 15 a. C. y que establecía las gratificaciones oportunas para una tribu de astures, los pemeiobriguenses.

En misión rescate

Misión Rescate fue un popular programa que echó a andar a finales de los años 60 con la colaboración de Radio Nacional de España y Televisión Española (RTVE) y la Dirección General de Bellas Artes, con el objetivo de implicar a los niños en el descubrimiento del patrimonio. Para ello, desde escuelas y colegios se promovía la creación de los denominados ‘grupos de rescate’ y que estaban formados por una maestra y cinco alumnos. El reto de estos grupos era localizar «una ruina histórica, un monumento, una imagen, un

cuadro, un lugar o un objeto histórico, el sitio donde vivió o se alojó circunstancialmente un personaje famoso, o cualquier motivo histórico o artístico que, por circunstancias especiales, esté olvidado o sea desconocido», según recogían sus bases.

Esta iniciativa supo entusiasmar a maestros y alumnos en la búsqueda y el conocimiento de su pasado histórico y artístico a lo largo y ancho de la geografía española, llegando a formarse más de medio millar de ‘grupos de rescate’ por toda España. El mensaje de Misión Rescate era claro y directo: «Tú, maestra, maestro, puedes también enrolarte en este banderín enganche; encender en tus chicos el amor por las huellas de los que nos precedieron, indagar a los viejos, interesar a los mozos, bucear en la historia y hacer patria desde tu pueblín esmaltado de olivos, colgado en la montaña o anclado en la llanura».

Los premios que entregaba este programa dependían de la importancia del hallazgo, que hacía que pudieran ser merecedores de Oro, Plata o Mención de Honor. Así el gran valor que tuvo el descubrimiento del Ídolo de Noceda le hizo merecedor del mayor reconocimiento como «valioso ejemplar» que pasó a incrementar el Patrimonio Artístico Nacional. ◆

Emoción de censura

Eduardo Keudell

Escritor y periodista



Eduardo Keudell

Poetizo el título para resarcirme de la retórica política: insoponible. La moción de censura fue una dura prueba. La lírica, aunque sea una miaja, como ésta de cambiar el vocablo “moción” por “emoción”, más que curar las heridas del alma cura las del oído. La retórica vacua de los plutócratas, me hace añorar el logos silencioso de la naturaleza. Aquí, en el Bierzo, en este valle del Noceda, que atraviesa silente los milenios, es lo único que queda a falta de nutrias, truchas, cangrejos, urogallos, lobos, zorros, etcétera, en la fase de extinción más feroz de la historia local.

Si a ello añadimos el fuego y la des-

idia, con un ligero esfuerzo de la inteligencia en fuga, entenderemos el mensaje del robledal. En efecto, el robledal, el bosque mejor dicho, no levanta la voz sino que plasma el más fabuloso oximorón: la melodía del silencio. Esto es lo que nos queda, la interpretación del mensaje del bosque, un don natural de valor incalculable.

Y digo “valor” por no decir “precio”, para no caer en la neurosis de la sociedad de consumo, que Zygmunt Bauman da en llamar “modernidad líquida”.

Ya no se busca a los dioses en la cúpula estrellada, ni en los templos de los curas macilentos, sino en los centros comerciales, allí donde las luminarias obnubilan a los esclavos modernos, y a Hegel me remito.

En estos territorios exentos de ternura, donde la razón y la emoción pasaron de largo, quedó lo que Borges dice, en “El otro duelo”: “...sus pobres vidas rudimentarias no poseían otro bien que su odio, y por eso lo fueron acumulando”.

La tierra es inocente, y huelga hablar del odio, porque las sagas familiares de este valle padecieron el odio y más vale olvidarlo. Hablemos mejor de “pre-comprensión”, que es consustancial al capitalismo, digo, en este mundo de mercaderes donde pensar es un delito. Pues bien, pasan los siglos, el Noceda sigue discurriendo, los cazadores matando, los pirómanos actuando, los envenenadores también, y el nepotismo político analfabeto gestando la miseria. ¿Qué nos queda? Todo. No es la infantil esperanza de Heidi, ni una nueva fe, sino una nueva vida. No se trata de castigar conductas, sino del plano axiológico: de los valores predominantes de la sociedad. He ahí el ejemplo del principio: el logos silencioso de la naturaleza. Es decir, el conocimiento que ofrece el paisaje a quien quiera verlo.

Qué duda cabe: la belleza pura y primigenia de la cascada de la Gualta, la ruta de las fuentes, el mirador, el conjunto gestáltico del paisaje vivificante, no necesitan palabras sino



Cascada de la Gualta

comprensión. En filosofía, a eso se le llama lo “inefable”, lo que no se puede decir, porque las palabras no alcanzan para expresar lo inconmensurable. Bueno, el mismísimo Freud, cuando no le alcanzaron las palabras, dijo: “Acerca del amor, preguntadle a los poetas”. Claro, los poetas “dicen” mejor que nosotros, encuentran sig-

nificados y significantes que elevan la comprensión.

Vaya mi recuerdo para Fermín López Costero, poeta, hermeneuta de estos paisajes, cuyo poema “El poeta clama en vano ante las alimañas del bosque”, de su libro “**La costumbre de ser lluvia**”, dice así: “*Vuestra desmemoria es mi tumba. / Cada recuerdo perdido una palada que me sepulta. / No soy más que un geranio maltratado, con escasas posibilidades de revivir. / No permitáis que mi palabra perezca también / entre tanto desconsuelo.*”

Por supuesto, no permitamos que la palabra perezca.

Otro abrazo para Manuel Cuenya, custodio de la palabra. ◆

A mi entrañable amigo Fermín López Costero

Manuel Cuenya

No permitamos que la palabra perezca, como nos dice el escritor y periodista hispano-argentino Eduardo Keudell, que nos obsequia con este artículo que nos invita a reflexionar acerca del mundo entorno en que vivimos. Y le dedica palabras de recuerdo a nuestro querido amigo Fermín López Costero, gran poeta y narrador. Y entrañable persona. A quien siempre recordaré con amistad y afecto, con cariño, porque compartí con él muchos buenos momentos. Incluso llegó a estar en el útero de Gistredo en más de una ocasión, también invitado a participar en el Encuentro Literario que, cada año por el mes de agosto, hacemos en Noceda del Bierzo, en colaboración con el Ayuntamiento y el Colectivo Cultural La Iguiada, que se encarga de editar esta revista, de la que también fuera colaborador.

Dicho sea de paso, este será –“dios mediante”, que diría el cura parroquial–, el Noveno Encuentro (por vez

primera, eso sí, esperamos celebrarlo en la Casa de la Cultura ubicada en el barrio de San Pedro, al lado de la iglesia).

Como si de un mal presagio se tratara, el clarividente Fermín López Costero poetiza su propia muerte en algunos de sus libros como en *La costumbre de ser lluvia*, *Teatro de sombras* o bien *La fatalidad*. Él, que se sabía afectado por un maldito cáncer, conservó casi hasta última hora su fuerza, su entereza y su fino humor.

Nunca olvidaré, querido amigo Fermín, lo que me dijeras aquel día de finales de enero, que me estremeció, hasta que te nos fuiste, silencioso.

Acompañarte en la despedida, allí, en el cementerio de Cacabelos, tu pueblo natal, me resultó muy duro, tanto que llegué a ver cómo me enterraban a mí también, como si de repente fuera uno mismo el enterrado, acaso por esa identificación que llegara a sentir contigo. Como si de un desdoblamiento se

tratara (tanta lectura de Poe, Maupassant o Dostoievski, entre otros, incluso el visionado de *Fresas salvajes* de Bergman, también alimenta el desdoblamiento, que es por otra parte un trastorno de la psique) llegué a sentir que yo era el muerto, el muerto que algún seré. Y mis ojos miopes y astigmáticos, ocultos tras las antiparras, no pudieron contener las lágrimas. Allí estaban por supuesto tus amigos y amigas, tu gran amiga Isabel, tu compañera del alma, sufriendo, con dolor, tu partida definitiva. Y tu padre y tu hermano, a quienes les di mi más sentido pésame diciéndoles que eras/eres (siempre te recordaré) un amigo entrañable, casi un hermano.

Desde entonces, no he dejado de pensar en ti, de pensar en lo breve y efímera que resulta la vida, esta vida en la que tanto nos complicamos, a veces por tonterías (en verdad hay muy pocas cosas importantes, una de ellas, la más importante, la salud, nuestra salud, pues sin salud no somos nadie), mirando siempre (o casi siempre) hacia otro lado, entreteniéndonos (en el mejor de los casos) en hacer lo que nos gusta (la escritura y la lectura, como es tu caso, nuestro caso). La vida, sí, es algo que pasa mientras estamos haciendo otra cosa, mirando para otro lado, para el pasado (lo que

suele procurarnos depresión o bajo estado anímico) o para el futuro, siempre incierto y me atrevería a decir que inexistente (lo que nos lleva a la ansiedad, que muchas veces se transforma en estrés y hasta en infarto).

Vivimos de prestado y cuatro días, a veces mal contados, amigo Fermín, que te nos has ido, ya para siempre, aunque tu espíritu seguirá en mi corazón, en mi alma, al menos mientras me quedé un soplo de vida.

Me hubiera gustado haber vuelto a hablar contigo, decirte algunas cosas, incluso verte, pero yo tampoco tuve ya la fuerza para ir a verte al hospital, porque sabía, sé, que me desmoronaría. Y eso a ti no te haría bien. Quería y quiero conservar tu imagen apuesta, elegante, tu figura de fino sentido del humor, del buen talante literario.

Tú eras y seguirás siendo un excelente escritor, un microrrelatista de lujo, a quien deseo rendirte homenaje en esta revista y también en el próximo encuentro literario en Noceda, a quien dedicara algunas clases de literatura en el Campus de Ponferrada y alguna clase de escritura en León. Tú mismo ibas a impartir algunas clases. ¿Te acuerdas? Claro que te acuerdas porque cuando me llamaste para decirme que habías empeorado, que no te sentías bien (eso

fue en diciembre de 2017, yo estaba dando clases en León), se me paralizó el reloj.

Todo se truncó al verte ya tocado y hasta estocado por la maldita, la puta enfermedad de mierda que es el cáncer, esa lacra que nos está matando a todos poco a poco, que va minando nuestro carácter y sentido de la vida. En estos momentos, de profunda tristeza, me resulta complicado poner un punto de humor a la vida, como tú siempre has querido, con tus cuentos, con tus escritos breves y no tan breves, con tus libros, que quedarán para siempre, incluso dedicados por ti. Mil gracias, amigo Fermín.

Fue un enorme placer el haberte conocido y compartido contigo tantas aventuras literarias, tantos y tan buenos momentos, encuentros...

Recuerdo, como si fuera hoy mismo, cuando nos conocimos. Yo acababa casi casi de aterrizar en el Bierzo, después de haber estado durante años fuera de España.

Comenzaba a colaborar con el *Diario de León*, allá por el año de 1999. Y un buen día me llamaste por teléfono a Noceda, a mi útero. Entonces, yo no andaba con móvil. Era otra época. Te respondió mi madre. Me dijo que me había llamado un tal Fermín. Hasta

que descubrí quién eras tú. Y al final nos pusimos en contacto.

Me contactaste porque te gustaba mucho aquello que escribiera para ese medio. Qué bueno. Me alegra. Y me descubriste el Bierzo literario. Eso siempre te lo agradeceré, porque yo estaba alejado (en el espacio literario) de mi tierra, de nuestra comarca del Bierzo, por la que tanta devoción sentimos. Y descubrí tu forma de escribir, tu estilo, tu arte, tu humor mortuorio también (con esos muertos que se nos aparecen, muy en el estilo del gran Rulfo), el arte de la brevedad, de la síntesis/concisión, de la precisión lingüística, de la



Fermín en el hayedo de Busmayor con el retrato de Pereira, su maestro.

economía narrativa (que tu maestro, nuestro maestro Antonio Pereira tan bien ponía en práctica). Y me encantó. En realidad, no quiero despedirme de ti, sólo enviarte un entrañable abrazo, un cálido y fraterno cariño a esa otra dimensión, que algún día también conoceré.

Con la mirada perdida y emocionada, te arropo con mi afecto. Y me quedó con tu espíritu, que siempre llevaré en el mío, en mi corazón.

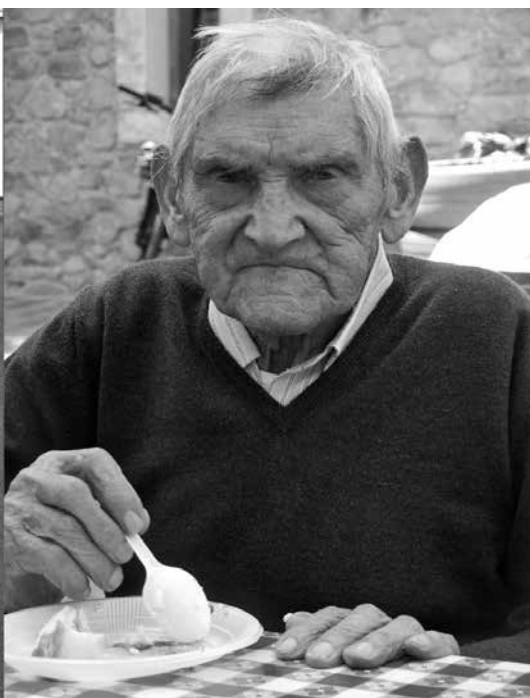
Nunca olvidaré, entrañable amigo Fermín, tu última etapa de la vida (a mediados de febrero de este mismo año nos decías adiós), cuando, al pre-

guntarte a finales de enero cómo estabas, me respondiste que “era cuestión de tiempo”, lo que me dejó trastocado, escribiendo este texto titulado ***Es cuestión de tiempo:***

A medida que uno comienza ya a descender por la senda de la vida (superando la barrera del medio siglo), se hace consciente, de verdad, de que la vida va en serio. Como poetizara Gil de Biedma. “Pero ha pasado el tiempo/ y la verdad desagradable asoma: / envejecer, morir, / es el único argumento de la obra”. De esta obra, sueño/pesadilla, que se abre ante nosotros, la queramos o no.



Tomás Nogaledo



Pepín el Guerro

O mejor dicho, uno se da cuenta de que la muerte es la única certeza, la más cruel de todas. Y que la vida se pasa, en el mejor de los casos, que es mucho decir, como un suspiro. Entonces, a uno le entra temblequera. Como un suspiro, sí. Algo así llegó a decirme, hace algún tiempo, Tomás Nogaledo, que debe andar por los 96 años, uno de los más longevos de Noceda, junto con Virginia (95), Adonina (97), Antolina, la madre de Neli y Eloína (97), Carmen la de Bayón (97), Pepín el Guerro (ronda el siglo) o Lorenzo Nogaledo (98), tío carnal de mi cuñado Benjamín (a quienes les deseamos larga vida).

O te haces fuerte (porque lo que no mata, encallece), y tiras para adelante, aún a sabiendas de que la farsa está servida, o la vida puede revelarse (y se revela por instantes) infame, despótica, terrible. Un absurdo kafkiano. Kafka era un tipo extremadamente lúcido. Un día te despiertas, y aparezco convertido en cucaracha. O bien te detectan un cáncer, o cualquier putería que te pone, cuando menos, en guardia, ante ti mismo, ante el mundo, que dejas de comerte, para que sea el mundo, la tierra, quien comienza a roerte las entrañas.



Carmen la de Bayón. Foto: Carmen

Lo supo bien Tito Monterroso, que intertextualizó el comienzo demoledor de *La metamorfosis*, en su microcuento dinosáurico.

A lo mejor el dinosaurio, el monstruo no era otro que un tumor letal de su chingada mamacita. No quiero ponerme trascendental ni lacrimoso, ni siquiera melodramaticón, pero, cuando uno recibe una noticia, como la que acaba de anunciarme un buen amigo, no sé en verdad como enca-



Antolina



Lorenzo. Foto: Toña Travieso

jarla, cómo reaccionar, salvo que se me escape el lagrimón (sensiblero que es uno, quizá). Y comience, otra vez más, a reflexionar acerca de la vida y la muerte, de la pulsión vital (Eros) y la pulsión mortuoria (Tánatos o Thánatos).

-¿Qué tal estás? -le pregunto, a sabiendas también de que lleva tiempo, mucho tiempo, arrastrando la jodida enfermedad, el puto cáncer, el monstruo, el dinosaurio, que tanto daño y dolor causa entre la población, nuestra población.

-Estoy en las últimas, Manuel. Disfrutando de mi paso por la tierra -me dice.

-Hostias. Joder... Te recuperarás -medio acierto a responder en mi desconcierto. Como si flotara en el espacio sideral de los agujeros negros intergalácticos.

-Es cuestión de tiempo -remata él-, cual si se tratara de una ficción dentro de una realidad.

Putra madre de dios, que no existe (eso creo). Cómo puede ser tan injusta la vida. Me quedo como una mierda. Estoy hecho polvo. Polvo somos y en polvo nos convertimos. Ceniza. No más.

"Es cuestión de tiempo", rumio, una y otra vez. El tiempo es la sangre, es nuestra sangre, lo que nos permite



Virginia



Adonina con su hija

seguir en la contienda, en esta batalla diaria de la vida.

Me gustaría estar rodeado de tiempo, antes que de espacio, aunque Miller, el gran Henry, nos dijera, en su *Trópico de Cáncer*, que los seres humanos... más que nada necesitan estar rodeados de suficiente espacio: de espacio más que de tiempo.

El tiempo lo es todo. Sin tiempo, no hay espacio. No hay nada. ¿O sí?

¿Cuándo se produjo la gran explosión universal había tiempo? ¿Había espacio? ¿Ambos? ¿Antes, durante...?

“Es cuestión de tiempo”, se me queda clavada esta frase como un arpo-

nazo en el corazón, como una cornada en el corvejón del alma.

Todo acaba siendo cuestión de tiempo. Eso creo.

Cuando uno es joven y sano (con las ilusiones intactas) cree que el tiempo lo da dios (suponiendo que uno sea creyente) de balde.

“—¿La ilusión? Eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido”, escribe el genio Rulfo en esa obra con sabor mortuorio que es *Pedro Páramo*. Esta cita me la envía una amiga. Algo que le agradezco. Y se me antoja (me late, que dicen en México) reveladora. Continúa así: “Pagué con eso la deuda de encontrar a mi hijo, que no fue, por

decirlo así, sino una ilusión más; porque nunca tuve ningún hijo. Ahora que estoy muerta me he dado tiempo para pensar y enterarme de todo...". Volveré a releer esta obra con lupa.

Cuando uno es joven y vigoroso el tiempo se muestra cuasi infinito. Pero cuando uno crece, el tiempo comienza a achicarse, a la velocidad de la luz. Hay un momento en el que el tiempo parece esfumarse, aunque uno haga cosas, o bien se quede parado como un reloj muerto. Todo es cuestión de tiempo. Y los humanos, pobrecitos, estamos siempre esperando... esperando qué... a qué, a quién... La espera como tortura. Por eso, lo mejor es no adelantarse a los acontecimientos, aunque el tema acabe en una *crónica de una muerte anunciada* (huelga recordar que el Nobel García Márquez, Gabito, era discípulo aventajado de Rulfo). Y prefiero irme, venirme (también en el sentido mexicana), volver, regresar al presente, al aquí y al ahora, a ese "disfrutando de mi paso por la tierra".

Disfrutando mientras aún te queden, querido amigo (y nos queden) dos gotas de sangre en las venas. Y nos mantengamos en pie, con la lucidez que a veces procuran las situaciones límite, porque el saber produce do-

lor, y también ocurre (el otro día lo comentábamos en una clase con un médico, precisamente con un oncólogo del hospital de Ponferrada) que ante circunstancias límite uno se pasa ya al otro lado a través de un estado alucinatorio, incluso delirante, que nos permite abandonar la consabida lucidez o consciencia para, de esta guisa, poder soportar el sufrimiento, nuestro propio dolor. Un mecanismo defensivo que la también sabia naturaleza nos ofrece, pone a nuestra disposición.

Hoy me siento fuera de mí, lo siento, aunque intento pensar en las cosas buenas, que también las hay, y muchas, pensar en este buen amigo, que sigue disfrutando de su paso por la tierra (quiero verlo y sentirlo desde este prisma), gente maravillosa, que está ahí (en el tiempo presente) aunque viva algo alejada en el espacio. Amigos y amigas, familiares, que siguen estando, por fortuna, porque uno no vive en una burbuja. Y nada de lo humano me es ajeno.

También mi padre sigue estando, aunque sea en otra dimensión.

Algún día lo sabré, lo sabremos.

Yo aún no lo sé pero dentro de un tiempo (es cuestión de tiempo) también estaré muerto. ◆

Fermín se va con las sirenas

Juan Carlos Mestre

Poeta de Villafranca del Bierzo.

Premio Nacional de Poesía.

(Este artículo fue inicialmente publicado en *Diario de León* el 16 de febrero de 2018).



Juan Carlos Mestre

Fermín se ha ido, y el teatro de las sombras se queda más vacío. Él supo, como pocos, otorgar resplandor a la parte más oculta del mundo, aquella donde viven y resisten los débiles, los desobedientes, los que resisten en la dignidad con la única fuerza de su imaginación. Fue amigo de todos, un ciudadano ejemplar en épocas de vergüenza civil, un maravilloso escritor sin concesiones, entregado por creencia y destino a hacer de la escritura una casa de huéspedes para los refugiados morales despreciados por la impostura de un tiempo que solo apuesta por

los valores materiales. Y contra esa manera de no entender la vida como un proyecto espiritual levantó el bueno de Fermín su palabra poética, su reivindicación de la tierra natal como un espacio de revelaciones. Él ensanchó los horizontes significativos del porvenir con poemas y relatos que se encuentran entre las mejores páginas de nuestra literatura. Generoso y cordial se ocupó con delicadeza de aquellos a los que admiraba, por encima de todos de Antonio Pereira, quien reconocía con máximo aprecio en el escritor cabelense a uno de sus pares.

Fermín ha escrito páginas memorables, ha devuelto un habla remota y vivificadora a las piedras sagradas de la tribu, a las ruinas que siguen exigiendo bajo la intemperie de las estrellas un lugar más noble en el testimonio de la cultura y la historia de los pueblos. Fermín fue un escritor comprometido, con el ser humano, con la ciudadanía de los árboles y de los ríos, con la

honrada ciudad de los soñadores, con aquellos que sin voz siguen clamando reparación y justicia en las ominosas cunetas de la historia. Fermín tenía memoria, y esa inteligencia que ilumina todas las zonas oscuras donde pervive la invisible herida que algunos pocos hombres han hecho a otros muchos hombres. Y allí puso su palabra, para dignificar y consolar, para redimir del olvido, convirtiendo en arte perdurable los despojos que ya solo pertenecían a la ingratitud y el abandono.

Su voz fundó una entrañable patria, la república de los cerezos y las encantadoras personas que oyeron la llamada de los vientos. Él siguió esas huellas hasta el corazón de las ilusiones del lenguaje, y levantó allí una casa indestructible, donde acogió en ella a

los desobedientes de la costumbre, y lo hizo con la mágica ironía de los que llevan una rama de silbidos en la frente y un mapa de estrellas en el pecho. Su viaje no ha terminado, la fatalidad no podrá con el resplandor de su lámpara que iluminó tantos caminos y que impaciente espera, a las puertas del tiempo futuro, que se cumpla la profecía de la bondad y la misericordia humana. Él, ya en la gloria laica de los mejores, aquellos que poblaron los irredentos valles del silencio con la luz del canto, es ahora la voz inmortal del ruiseñor, el bienaventurado en las lluvias del amanecer, el inolvidable pensamiento de quien nos ayudó a ser más cultos, nunca indiferentes frente a la amnesia, más radicales en la belleza y como él conmovedoramente libres. ◆

Alfa (poema incluido en su poemario *Vigía de tu paso*)

Para Fermín López Costero, alas altas



Pilar Blanco. Poeta

Vuelas. No sabes con qué ojos contemplar lo que labajo te deslumbra.
Sol inverso, más alto tú que el cielo.
Tu planear más libre.
El universo a un lado, como si no formarás parte de [su equilibrio].
En tus manos, marionetas; el hilo que las tensa.
En tu oído esa música
A tu lengua no llegan ya la sal y la ceniza.
Y no sé con qué ojos vigilas la vida que está siendo,
que te ofrece el latido.
Pájaro que quemó sus alas,
que ahora es fuego.

PIEDRA DE LOS POETAS



CARMEN BUSMAYOR

Poeta y narradora.

Organiza en agosto el Encuentro Poético en el hayedo de Busmayor

***A Fermín López Costero,
poeta que amó esta piedra***



Grupo de poetas en Busmayor

En sí sé que lugar con azules saltamontes
y un escaso gris nebuloso.

Al extremo norte de la lluvia
y la urgencia melodiosa de aves
posadas con armonía en la frente gótica de las hayas.

Entre la postura de mora de agosto,
la retórica blanca de las cascadas
y la brillante esmeralda de la hierba.

Sobre tribus de musgo
y ramos de luz
festoneados en alas de pájaros dormidos
o crisálidas ebrias de sol.

Como un ara celeste a la que se ofrece
arrodillado el rocío
con su aliento blanco y rizado.

Aquí esta piedra abarrotada de presencias
que nunca serán fantasmas
creando desasosiego.

Esta piedra aposento ahora que tinta
con su aroma la tarde.

Y siempre.

Esta piedra lañadora como el amor de las madres
ungida por el rostro de una luna

que mueve el velamen del alma
hasta deshacer las úlceras de sombra
y lucernas encendidas por los dioses.
Aquí, adonde la Capeluda no es un clavecín
abordado con desgana,
ni un bulbo de papoulas acurrucado,
ni una lágrima despeñada por un rostro pesaroso,
ni una diosa traviesa mientras camina silbando.
No la cueva de Veiga da Cima
con su latido profundo de voces confusas
junto a la casa vinosa de las libélulas
y sus titiriteras vecinas las hormigas.
No la reyerta de un ángel,
un ángel rubio insistente.
Ni el aullido del tiempo
con su herida en punta.
Quienes practican los dialectos del monte
lo saben.
Hablo contigo. Y hablo.
Al aroma de la tarde. Tú que construyes con los ojos
versos que miran atrás
por si mañana nos posee un olvido
hondo y desolado.



Café Bar Paco
C/ Arcos, 28
Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo
(Paco)



Café Bar Las Chanas
Plaza de San Isidro, s/n
Tlf.: 628 935 827
24319 Noceda del Bierzo
(Laura y Tania)

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadeldierzo.com



**Peñalba
Impresión, S.L.**

Travesía Bellavista, s/n
24400 Ponferrada

Tfnos. 987 42 68 44 - Fax 987 40 99 12



**DIPUTACIÓN
DE LEÓN**



**INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA**



**AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO**